

Fernando Pedrosa

# La otra izquierda

La socialdemocracia en América Latina

Pedrosa, Fernando  
La otra izquierda: la socialdemocracia en América Latina  
1a ed., Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012  
488 p., 22,5x15 cm.  
ISBN 978-987-614-370-7  
1. Historia Política. I. Título  
CDD 320.9

Edición: Alberto Catena  
Diseño de tapa: Verónica Feinmann  
Corrección: Mariana Fassi  
Coordinación: Inés Barba  
Producción: Norberto Natale

© Fernando Pedrosa, 2012  
© Capital Intelectual, 2012

1ª edición: 1500 ejemplares • Impreso en Argentina

Capital Intelectual S.A.  
Paraguay 1535 (1061) • Buenos Aires, Argentina  
Teléfono: (+54 11) 4872-1300 • Telefax: (+54 11) 4872-1329  
[www.editorialcapin.com.ar](http://www.editorialcapin.com.ar) • [info@capin.com.ar](mailto:info@capin.com.ar)

Pedidos en Argentina: [pedidos@capin.com.ar](mailto:pedidos@capin.com.ar)  
Pedidos desde el exterior: [exterior@capin.com.ar](mailto:exterior@capin.com.ar)

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723. Impreso en Argentina.  
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

## Introducción

Este libro explora la participación de la Internacional Socialista (IS) en América Latina. Particularmente, procura explicar cómo la IS generó estrategias para expandirse en la región, qué impacto tuvieron esas estrategias y cómo influyeron luego en las dinámicas internas de la propia organización. Si bien la IS buscó aumentar su influencia en territorios extraeuropeos desde el año mismo de su fundación (1951), fue recién a mediados de la década de 1970 que logró implementar estrategias lo suficientemente exitosas como para lograr estos objetivos.

La presencia de la IS en América Latina fue mucho más significativa que lo que habitualmente se cree y de lo que registra la escasa literatura sobre el tema. Por ello, analizar su influencia en la región puede ayudar a explicar mejor diversos procesos políticos, entre ellos, los cambios de régimen (de dictaduras y autoritarismos a gobiernos democráticos) ocurridos desde 1978 hasta comienzos de la década de 1990. Esta ola de cambios de régimen se había iniciado en Portugal en abril de 1974 y luego de pasar por España y Grecia, llegó a América Latina. Sin embargo, tampoco se detuvo allí. En apenas treinta años el proceso se extendió por África, Europa Central y Asia, circunstancia que llevó a Samuel Huntington a bautizarlo como la tercera ola de las democratizaciones.

En ese contexto, la investigación que sostiene este libro muestra que la IS ayudó a socavar los regímenes autoritarios para lograr la apertura de transiciones y presionó a los semidemocráticos para que profundizaran el camino hacia reglas poliárquicas de funcionamiento. Al mismo tiempo, dio apoyo a líderes y partidos que encabezaban –o estaban cerca de hacerlo– gobiernos democráticos con fuerte implante en la región y contribuyó a consolidar la posición de sus aliados en aquellos países donde se daban los primeros pasos de las democracias recuperadas.

Para esto conformó una densa y flexible red donde confluían distintos tipos de estímulos y recursos. Desde allí se aportaba a las elites políticas nacionales información, dinero, acceso a gobiernos y organismos internacionales, legitimación electoral, formación y protección personal en aquellas coyunturas que así lo requerían. También ofrecía sostén político a aquellos dirigentes que comenzaban a desandar el complejo camino de la transición o consolidación a la democracia o que atravesaban coyunturas conflictivas al mando de sus Estados. Por último, la IS cumplió un papel destacado en la conformación de una “cultura de la negociación” que sostuvo la posibilidad de resolver conflictos (por ejemplo, el centroamericano) por vías no violentas.

En síntesis, la red transnacional construida en torno a la IS proveía diversas clases de apoyo con vistas a que –en un futuro no muy lejano– sus aliados latinoamericanos constituyeran la reserva civil que reemplazaría a las fuerzas no democráticas, apostando a que, una vez en el poder, aportarían al sostenimiento de un espacio geopolítico intermedio y alternativo en la disputa que enfrentaba a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas con los Estados Unidos de Norteamérica.

Este trabajo tiene un carácter interdisciplinario y se mueve en un espacio común entre la Historia y la Ciencia Política. Se aboca a responder preguntas ligadas a la historia de la orga-

nización y del entorno en que se desenvolvía, como: ¿cuáles fueron las estrategias de la IS para la región?, ¿cómo se implementaron esas estrategias?, ¿qué factores incidieron para que hayan tenido esas características y no otras?, ¿cuál fue el rol del programa político como instrumento para sumar nuevos aliados?, ¿cómo se desarrollaron los miembros de la IS en el marco geopolítico de la época y qué impacto tuvieron sus acciones en las distintas coyunturas políticas nacionales en las que actuaron?

También revisa cuestiones más vinculadas a agendas politológicas como: ¿cuál fue el rol de los actores políticos internacionales y transnacionales en los procesos de democratización de América Latina?, ¿qué características específicas tienen las organizaciones transnacionales de partidos?, ¿qué tipos de incentivos, materiales y simbólicos, se distribuyeron entre sus miembros y aliados?, ¿cuál fue el papel de los liderazgos y coaliciones dominantes dentro de la IS y cómo influyeron en las distintas estrategias adoptadas? Y, finalmente, ¿de qué modo la creación de una red de vínculos y relaciones personales afectó las decisiones estratégicas de quienes la integraban?

Ante estas numerosas preguntas que, además, se encuentran enmarcadas en diversas disciplinas, en este libro se opta por privilegiar el estudio detallado de la actividad de la IS en América Latina, presentando una reconstrucción de la historia que revisa en forma crítica las perspectivas dominantes desde las que se encaran los estudios sobre la política de la región en el período aquí considerado. Esto permite dar repuestas específicas a las cuestiones antes planteadas y demostrar que el mapa de la izquierda resulta mucho más complejo, heterogéneo y fluido del que se ha recreado desde la literatura especializada, sostenido mayoritariamente en visiones reduccionistas, cuando no, directamente maniqueas.

Desde mediados del siglo XX, la internacionalización de la educación, la economía y la política es un elemento clave para comprender las sociedades contemporáneas. No parece lógico, entonces, dejar de considerar este espacio como una arena más donde los políticos buscan extender su influencia, obtener recursos para cumplir sus objetivos y evitar que otros los cumplan. En este campo global, la IS constituyó un modelo de acción partidaria en procesos muy complejos. Conocer esta experiencia en profundidad permitirá repensar la forma en que se desarrollaron los procesos de democratización reciente en la región y ayudará a pensar qué papel puede corresponderles a las organizaciones políticas en el siglo XXI.

### *Desarrollo y expansión*

La intención de la IS de expandirse por fuera de las fronteras europeas no es difícil de entender; siempre estuvo presente, aunque de distintas maneras, entre los objetivos de la organización. El internacionalismo fue y es una de las características fundacionales del socialismo y la coyuntura que rodeaba la creación de la IS en 1951 no hacía sino aumentar esa tendencia: la reconstrucción europea, la división bipolar del mundo y la cuestión del colonialismo impactaban directamente en la agenda de las discusiones de sus integrantes. De modo más general, y en términos de la teoría de las organizaciones, esa tendencia a la expansión se relaciona con el proceso de control del entorno (generalmente hostil) que toda organización inicia al conformarse como tal y que es imprescindible para que esta pueda cumplir sus objetivos. Este avance de la organización sobre el ambiente en el que debe actuar puede entenderse como una forma de garantizar el control sobre las distintas zonas de recursos necesarios para sobrevivir.

La IS es una organización integrada por partidos políticos de todo el mundo. Como las organizaciones no gubernamentales y los propios partidos, las organizaciones transnacionales de partidos (OTP) tienen un carácter voluntario, pero en términos formales sus miembros no son personas físicas que se representan a sí mismas o representan a terceros, sino partidos políticos, organizados y legalmente reconocidos. Por esa razón las OTP son asociaciones de segundo grado, asociaciones cuyos integrantes son otras organizaciones.

Quienes participan de las OTP como delegados partidarios o autoridades son, en ocasiones, personas con altos cargos gubernamentales, frecuentemente presidentes, primeros ministros o legisladores. Sin embargo, no están allí por sus responsabilidades oficiales, sino por ser parte de la conducción de alguna organización partidaria. Es por esta razón que en la acción política de una OTP se entremezclan diversos tipos de representatividades e intereses, y que la comprensión de sus estrategias se hace difícil sin una profunda mirada a su dinámica organizacional. Además, una vez creadas, las organizaciones de segundo grado inician procesos de autonomía y asumen intereses que pueden ser comunes o contrapuestos entre sus miembros.

Aquellos que procuraron investigar la IS desde esta perspectiva se enfrentaron con dos problemas principales. El primero es la parquedad de la información expresada en documentos y declaraciones emitidas por las instancias formales de la organización. Toda declaración es un producto público que resulta del consenso y el conflicto interno. Por eso, aunque diga mucho, es también mucho lo que calla. Tomar solo estas fuentes oculta un universo vital. Para evitar estos silencios es necesario acudir a otros documentos o personas clave que revelen información y procesos muchas veces ocultos o de carácter informal. En el capítulo 1 se reseñarán las diversas fuentes en las que se sostiene este trabajo.

El segundo problema está relacionado con las dinámicas derivadas de las propias características de una OTP. Al estudiar una organización de este tipo, el investigador se enfrenta al desafío de tener que resolver la cuestión de sus límites organizativos fluidos y ambiguos, lo que lo obliga a diferenciar cuándo una acción política es ejecutada por un partido, un gobierno, un líder o la IS en su conjunto, sobre todo, cuando una persona aúna en sí misma todas estas representaciones.

La misión observadora enviada por la IS a la República Dominicana en ocasión de las elecciones presidenciales de 1978 es un buen ejemplo. Quien encabezaba la misión era Mario Soares, por entonces primer ministro portugués, secretario general del Partido Socialista de su país y vicepresidente de la IS, además de líder con proyección internacional. ¿Cómo distinguir entre estas múltiples representaciones? ¿Es posible hacerlo? ¿Quién hablaba cuando hablaba Mario Soares?

La ambigüedad en las representaciones podía tener repercusiones en el campo de las relaciones internacionales: ¿cómo podía tomarse que un mandatario extranjero concurriera a la República Dominicana a participar de una campaña electoral?, ¿no era eso una intromisión en sus asuntos internos?, ¿cómo debía entenderse el hecho de que la delegación estuviera integrada por políticos representantes de importantes partidos de todo el mundo (algunos de ellos oficialistas) y que viajara en el avión presidencial mexicano?

Mario Soares –entrevistado especialmente para esta investigación– lo explicaba así: integraba esa misión en su carácter de vicepresidente de la IS y no como primer ministro de Portugal. Esa distinción seguramente era difícil de manejar para el propio Soares y aún más difícil para el presidente dominicano Joaquín Balaguer, ya que el portugués estaba allí para apoyar sin disimulo a su rival, Antonio Guzmán, del Partido Revolucionario Dominicano (PRD) y miembro de la IS.



Al descender del avión en Santo Domingo, la delegación de la IS no se encontró con el líder del PRD, José Francisco Peña Gómez, ni con nadie del partido. En su lugar estaban sobre la alfombra roja las tropas en formación y el mismo Balaguer con sus ministros y el obispo. En la entrevista realizada para este libro, Soares reconstruyó la escena de este modo.

Balaguer: —Es una alegría recibir a un representante del gobierno portugués, más aún que he sido yo un gran amigo del doctor Salazar.

Soares: —Es también un gusto ser recibido por el presidente de República Dominicana, pero no vengo en calidad de primer ministro y nunca fui amigo de Salazar, siempre adversario y enemigo. Estoy aquí como vicepresidente de la Internacional Socialista por indicación de su presidente, Willy Brandt, para fiscalizar el proceso electoral, porque estamos convencidos de la importancia de apoyar un proceso democrático limpio, como también lo manifestó su gobierno.

Balaguer: —Le agradezco mucho sus palabras. Es una alegría recibir al primer ministro de Portugal, más aún que he sido yo un gran amigo del doctor Salazar.

Este diálogo condensaba la esencia del problema. Balaguer intentó colocar a Soares en el lugar de primer ministro de un país extranjero en visita oficial. De esa manera restringía su margen de maniobra política, mientras subrayaba su amistad con Salazar como una forma de mostrar las diferencias. Pero tampoco convenía tensar más la situación: Balaguer era consciente de que Portugal era un comprador del café de su país y que no era buena idea perder uno de los pocos destinos de exportación de los productos de la isla en Europa.

Soares trató de salir de esa encerrona manifestando que él no se encontraba allí por ser la máxima autoridad portuguesa, sino en calidad de vicepresidente de la IS. Con esto buscaba despegarse del “abrazo del oso” que pretendía darle Balaguer, aunque sabía muy bien que la conjunción de representaciones era el hecho que otorgaba mayor fuerza a su presencia, en una coyuntura tan especial como una campaña electoral.

No fue esta la única vez que se dio un episodio semejante. En una entrevista realizada para esta investigación, una estrecha colaboradora de Felipe González que ocupó cargos de importancia en el área internacional del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) refirió una situación similar. Entrados los años de la década de 1980, el nicaragüense Edén Pastora solicitó una entrevista con Felipe González en Madrid. González también portaba múltiples representaciones: ocupaba el cargo de presidente del gobierno español, secretario general del PSOE, vicepresidente de la IS y presidente del Comité de Defensa de la Revolución Nicaragüense de la IS. Además –y no menos importante– ejercía un incipiente pero sólido liderazgo internacional, sobre todo en América Latina.

Aparentemente, González no se encontraba cómodo en la situación, ya que Pastora era uno de los principales comandantes de la “Contra” (ejército irregular apoyado por Estados Unidos para combatir al sandinismo) y no quería dar un mensaje de apoyo a este sector, cuando la IS todavía seguía apoyando al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en el gobierno de Nicaragua. Sin embargo, tampoco quería dejar de recibirlo, ya que una negativa podía interpretarse como un apoyo sin reservas a los sandinistas, a quienes venía presionando para que realizaran una convocatoria electoral y mantuvieran su no alineamiento internacional.

La solución elegida fue recibir a Pastora en la sede central del PSOE en Madrid, en su carácter de secretario general del partido. De ese modo, González podía conseguir varios objetivos: enviar un mensaje crítico a los “duros” del sandinismo sin incomodar demasiado a quienes simpatizaban con el gobierno encabezado por Daniel Ortega dentro de la IS o del mismo PSOE y, al mismo tiempo, no disgustar a un electorado español que se encontraba dividido al respecto. Posteriormente, como lo señalara Manuel Alcántara Sáez, el descubri-

miento de una conexión ETA-FSLN llevaría al enfriamiento definitivo de las relaciones con el gobierno nicaragüense.

La cuestión de las múltiples representatividades era un recurso que los dirigentes de la IS utilizaban a su favor y es interesante volver sobre él. El siguiente relato muestra que este juego de representaciones era algo conocido y utilizado no solo por los dirigentes de la IS sino también por quienes interactuaban con ellos, formando parte del repertorio de estrategias para maximizar los resultados de la acción política transnacional.

El escritor y poeta argentino Juan Gelman relata, en una entrevista al diario *Página/12* del 27 de abril de 2008, que había solicitado a Bruno Kreisky (líder socialdemócrata austríaco y por entonces canciller del país) que firmara una carta condenando a la dictadura argentina. El encargado de relaciones exteriores de los socialdemócratas citó al escritor argentino en la sede del Partido Socialdemócrata Austríaco (SPO), del que Kreisky era secretario general: este leyó la declaración que le presentó Gelman y le manifestó que no podía firmarla, porque dada su investidura violaría principios internacionales. Gelman actuó rápidamente, como lo refleja el diálogo que sigue.

Gelman: —No le pido la firma como primer ministro sino como líder del partido.

Kreisky: —Pero señor Gelman, por favor...

Gelman: —Está bien señor primer ministro, solo le quiero recordar lo que pasó con León Blum y la Guerra Civil Española.

Visiblemente molesto, Gelman tomó su impermeable y salió del cuarto, rumbo al ascensor. Detrás salió corriendo el responsable de relaciones exteriores del partido, detuvo al escritor en el pasillo y le dijo: "*Kreisky va a firmar*".

En suma, lo que para un investigador es una suma de complicaciones (ambigüedad en los límites organizativos, superposición de representaciones y prácticas informales), a la

hora de observar la organización en forma sistemática es, en cambio, una suma de recursos que aporta a sus miembros la flexibilidad necesaria en el momento de resolver situaciones problemáticas. Por lo tanto, pueden plantearse varias formas de aproximación a esta situación, pero no eludirla, ya que es una característica propia de las organizaciones transnacionales de partidos, como la IS.

### *Una amplia red de relaciones*

Históricamente, la IS contó con un sólido prestigio entre los partidos socialistas europeos. Si bien nunca tuvo el peso necesario para imponerles unilateralmente sus decisiones, las dirigencias partidarias, la base de militantes y los cuadros intermedios siempre la consideraron un espacio de importancia. Esto fue así, principalmente durante los años que siguieron a la fundación de la organización, quizá porque en el mundo socialdemócrata todavía estaba fresco el recuerdo de las reuniones internacionales de fines del siglo XIX y principios del XX. Esto permitió que la declaración elaborada en el congreso fundacional realizado en 1951, en la ciudad de Frankfurt, fuera tomada por las distintas organizaciones como el punto de partida para eliminar las influencias marxistas en sus programas electorales.

Con el tiempo, los partidos europeos –sobre todo aquellos que lograron alcanzar tempranas responsabilidades de gobierno– fueron perdiendo interés por la organización internacional, si bien nunca abandonaron las pretensiones de actuar sobre ella o condicionar sus posiciones –ni, de ser posible, conducirla–. La falta de liderazgos fuertes, las rencillas internas y el marcado clima anticomunista fueron elementos que coadyuvaron a esta situación de progresiva pérdida de interés. Entrada la década de 1960, la IS se convirtió en una organización más

en el mundo de la socialdemocracia, una *primus inter pares* asociada a una historia reivindicada por todos los actores pero con un presente devaluado, lo que se acentuó notablemente a partir de fines de los años sesenta.

La situación comenzó a cambiar en 1976, cuando Willy Brandt fue designado presidente de la IS. Con la llegada de un liderazgo de peso y la conformación de una coalición dominante integrada por los más importantes líderes europeos –los vicepresidentes del período de Brandt fueron, entre otros, François Mitterrand, Mario Soares, Olof Palme, Felipe González, Bruno Kreisky, Bettino Craxi y Joop den Uyl– la IS dejó de ser la “cenicienta” de la socialdemocracia, para iniciar su etapa de mayor auge. A los europeos se les sumaron líderes de otros continentes con poder y prestigio como Julius Nyerere (Tanzania), Michael Harrington (EE.UU.), Ed Broadbent (Canadá) o Izak Rabin (Israel). Entre los latinoamericanos se puede mencionar a Carlos A. Pérez (Venezuela), José Figueres, Daniel Oduber y Oscar Arias (Costa Rica), José F. Peña Gómez (República Dominicana), Michael Manley (Jamaica), Anselmo Sule (Chile), Víctor Raúl Haya de la Torre (Perú), Omar Torrijos (Panamá), Leonel Brizola (Brasil), Carlos Gallardo (Guatemala) y Guillermo Ungo (El Salvador), entre otros. Todos ellos tenían algo en común: estaban dispuestos a hacer de la IS su ámbito de militancia lo que, en definitiva, contribuyó a generar fuertes vínculos entre ellos y a aumentar la importancia de la organización.

Así, la IS se fue transformando en un ámbito con poder propio, más allá del que le otorgaban sus organizaciones miembro en forma individual. Esto hizo que entre los años 1976 y 1992, aunque principalmente hasta 1986, la IS se convirtiera en el máximo espacio colectivo de una vasta red de organizaciones asociadas a las ideas socialdemócratas. Por ejemplo, se puede mencionar el accionar de la poderosa Fundación Friedrich Ebert (FES) durante aquellos años.

La acción de la FES en ese periodo fue de tal comunión con las políticas de la IS, que no puede dejar de pensarse como parte de los recursos propios de la IS, por más que formalmente eran dos organizaciones distintas. Cuando Brandt y su partido (el Partido Socialdemócrata Alemán, SPD) abandonaron la conducción de la IS, concluyó también esa coincidencia estratégica, utilizada conscientemente por el grupo alemán. En una entrevista para esta investigación, un alto ejecutivo de la FES declaró:

“Eso es sumamente delicado porque, claro, ¿en que consistía el apoyo? [de la fundación a los partidos afines a la IS]. [Sobre esto] se puede escribir hasta un cierto punto porque, obviamente, eso generó también mucho cuestionamiento sobre qué puede hacer y qué no puede hacer una fundación en cuanto a los procesos políticos de otros países. Esa fue una época en que uno tenía todavía aquí en Alemania respaldo político más amplio para tener un rol sumamente directo... no diría decisivo, pero mucho más prominente que el que sería posible hoy en día; además, hoy la situación ya no es así”.

Por otra parte, el conjunto de partidos políticos que conformaron históricamente la IS era sumamente heterogéneo. Además de poseer distintas extracciones ideológicas, esos organismos podían ser oficialistas u opositores en sus respectivos países; además de que estaban también aquellos que gobernaban como partidos únicos y los que no podían siquiera pisar el territorio de sus propias naciones. En similar contraste, algunos eran homogéneos y se mostraban estructurados formalmente tras un líder y otros, por el contrario, reunían diversas facciones que incluso llevaban sus conflictos al seno de la organización internacional.

Por otra parte, la suma de personalidades dentro de la IS (y el poder y los recursos que proyectaban) y especialmente el prestigio acumulado en la conducción, atraieron a otros dirigentes y organizaciones, aunque no se ajustaran

exactamente a las ideas socialdemócratas clásicas. A diferencia de las organizaciones transnacionales socialistas que la precedieron, el criterio ideológico no fue excluyente para vincularse a la IS. Por ello, pronto fueron incorporándose a la trama informal otras organizaciones que –si bien lejos estaban de ser calificadas como socialdemócratas– tampoco se encontraban totalmente contenidas en la lógica bipolar imperante en el mundo de por entonces: partidos políticos, entidades no gubernamentales (ONG), fundaciones, sindicatos, cooperativas, así como también elencos de gobiernos y de organismos internacionales. De este modo fue conformándose una amplia red de relaciones que proveyó a la IS de diversos recursos y, sobre todo, información confiable y capacidad de interlocución.

Esa red permitía a sus líderes moverse en el escenario internacional en forma flexible y ambigua, tomando y llevando distintos tipos de recursos para conseguir sus objetivos y al mismo tiempo contener las diferencias entre las organizaciones. Esta capacidad simultánea de intervención, integración (o cooptación) y representación convirtió a la organización en un actor geopolítico de primer orden en el escenario mundial, cuya influencia se haría sentir en los procesos de cambio de régimen iniciados en América Latina a partir de 1978.

### *Factores internacionales y democracia*

Los procesos de cambio han atrapado la atención de las ciencias sociales desde la misma conformación de sus distintos campos disciplinarios. El cambio de régimen es un momento trascendente, conflictivo y generalmente de final impredecible, ya que implica trastocar las reglas de acceso al poder. Dentro de esta amplia área de estudios, la Ciencia Política y la Sociología han profundizado en los procesos por los cuales un

régimen autoritario da lugar a uno democrático o viceversa y el lapso intermedio que va de un momento a otro: la transición.

Quizás haya sido la Ciencia Política la disciplina que más ha trabajado en las problemáticas de las transiciones recientes en América Latina, y esa tarea se ha traducido en aportes metodológicos y teóricos a tomar en cuenta por las restantes ciencias sociales que busquen profundizar en el tema. Por ejemplo, el enfoque comparado de la Ciencia Política ha permitido reconocer otro tipo de estructuras y prácticas en las que el Estado se encuentra involucrado y también actores que no están necesariamente “estatalizados”, pero no por ello son menos políticos o trascendentes.

Al hablar, por ejemplo, de partidos y dirigentes que se hallan bajo regímenes autoritarios, se hace referencia a actores que se encuentran fuera del Estado, incluso en combate con él o en una relación de incorporación y expulsión. Ignorar estos actores solo porque están fuera del Estado puede llevar a perder de vista a protagonistas importantes de los procesos de democratización. Actores que también cuentan, ya que generan relaciones y recursos para ocupar el poder en algún momento, en un confuso y a veces contradictorio mapa de redes e intereses en tensión, que debe abordarse con información empírica si se quiere revelar su funcionamiento, sus regularidades y su influencia en la toma de decisiones.

A pesar de la gran cantidad (y calidad) de literatura sobre el tema, la influencia del escenario internacional y sus actores en los procesos de transición a la democracia han ocupado un lugar menor en las investigaciones y solo recientemente se consolidaron como objeto de interés académico. Este libro, en tanto hace foco en uno de los actores que operó activamente en el escenario internacional, aspira a llenar en parte ese relativo vacío.

Como señalara Edward Malefakis en el estudio del papel de los aspectos internacionales, es preciso abordar a los actores y factores como dos conceptos diferenciados. Los primeros



serían los protagonistas políticos, las personas y organizaciones que concretan las estrategias más allá del éxito que alcancen en esta tarea; los factores internacionales serían los elementos contextuales, geopolíticos, que influyen en las posibilidades de elección estratégica de los actores. Otro concepto útil para abordar un estudio de manera más detallada es el de política transnacional. Esta categoría fue aplicada también por otros importantes investigadores –como Robert Keohane y Joseph Nye– en estudios de la red de relaciones que se forma entre actores estatales, paraestatales, no estatales e intergubernamentales.

En los últimos tiempos se ha avanzado bastante en reconstruir el papel de las redes transnacionales en los procesos de democratización en América Latina. Por ejemplo, Margaret Keck y Kathryn Sikkink han mostrado cómo el funcionamiento en red, poniendo el centro en la difusión de la información, logró hacer muy efectivo el trabajo de este tipo de agrupamientos, conectando las acciones nacionales con el sistema internacional. Sin embargo poco se ha dicho sobre cómo han utilizado este recurso los partidos, que son los grandes ausentes de estos estudios, como también en los encarados por la llamada “Historia reciente” cuyos principales representantes en América Latina han insistido hasta la terquedad en obviarlos como actores objeto de su estudio

Es por todo lo dicho que resulta imprescindible avanzar más en el conocimiento de *cómo* han sido los procesos que involucran dimensiones internacionales, en saber más acerca de *quiénes* los han representado y en *por qué* han adoptado algunas estrategias y decisiones. La Historia cumple un rol preponderante en este nuevo camino. Lo que ocurrió en la esfera de interacción entre los aspectos internacionales y nacionales deberá ser revelado por investigaciones históricas. Y para esto se debe realizar una compleja y detallada reconstrucción de las actividades y decisiones de los actores a través de una búsqueda e investigación de nuevas fuentes directas e indirectas.

Esta reconstrucción de los procesos de democratización, privilegiando a los actores políticos, es muy compleja porque muchas de las decisiones se tomaron en el marco de un secretismo que era signo marcado de la época y del cual solo es posible hallar rastros en los recuerdos de los mismos protagonistas. A esto se debe agregar la dificultad material para conseguir nueva información, porque esta se encuentra fragmentada en diversos formatos y ubicada en varios países. Por ello es necesario elaborar una metodología que permita sistematizarla y leerla bajo un concepto unitario que su propio soporte no provee al investigador.

En síntesis, la historia deberá buscar información fragmentada, dispersa y muchas veces necesaria de interpretación y filtración metodológica, en una suerte de “arqueología” de las dimensiones internacionales de los procesos de democratización. La ciencia política, por su parte, podrá incorporar sus propias preguntas, métodos y formas de abordaje, e incluso nueva información. En el trabajo interdisciplinario descansará gran parte del éxito o fracaso de estos estudios.

**Primera parte**  
*La Internacional Socialista: la historia y las ideas*

## Capítulo 1

### *Estudiar la Internacional Socialista*

La IS no ha sido suficientemente estudiada o, al menos, no en forma proporcional a la influencia que ejerció en algunos períodos históricos, a los recursos que manejó y al liderazgo de buena parte de sus integrantes, cuyo prestigio excedió largamente el marco de la organización. El grueso de las obras sobre la IS se remonta a los primeros años de la década de 1980, cuando ésta, en su auge, era centro de atención de los observadores.

“[La Internacional Socialista] es quizás el ejemplo más importante de cooperación entre partidos para la promoción de la democracia, y además porque su historia ha sido comparativamente poco estudiada y puede ser fácilmente malinterpretada [...] un examen del papel cumplido por la IS puede ayudarnos a explicar las diferencias de comportamiento respecto a la promoción de la democracia en Europa Meridional, a ambos lados del Atlántico.”<sup>1</sup>

La mayoría de los estudios sobre esta organización asumen una mirada institucional y se basan en la lectura de documentos formales como estatutos, comunicados, discursos públicos, conclusiones de congresos y también prensa de la época. Posiblemente solo la obra de Guillaume Devin pueda mostrar una investigación más productiva. Muchos de

estos trabajos poseen, además, una marcada impronta ideológica y están organizados como juicios que procuran develar la “verdadera naturaleza” de la IS y su mayor o menor actitud revolucionaria. Algunos, por último, combinan los análisis formales con apuntes autobiográficos.

Por su orientación, esos trabajos no pudieron aportar precisiones sobre la vida organizativa de la IS, un aspecto central para entender las estrategias que ésta generó hacia América Latina. Tilman Evers lo señala explícitamente:

“[...] sabemos relativamente poco del contenido concreto de los contactos entre los socialdemócratas europeos con sus pares latinoamericanos. La mayor parte de la documentación es de carácter reservado; en sus encuentros públicos, las conversaciones más relevantes se hacen fuera del alcance de los micrófonos. Esto obliga a una perspectiva globalizante y ‘desde afuera’<sup>2</sup>.

Ante este panorama, fue necesario emprender primero la búsqueda y luego la incorporación de información que aportara perspectivas novedosas para una comprensión integral de las dinámicas organizativas de la IS. Esta tarea implicaba una búsqueda sistemática en archivos públicos y privados y entrevistas a algunos de los que habían sido protagonistas de la vida institucional. Así, además, podrían resignificarse los anteriores trabajos producidos en el campo académico y los documentos generados por la propia organización.

### *Los archivos*

Este trabajo se sostiene, fundamentalmente, en los documentos hallados en el archivo histórico de la IS en el Instituto de Historia Social de Amsterdam (IISG). Este instituto posee los más importantes archivos sobre la izquierda mundial, desde documentos de Karl Marx hasta los archivos personales de

Karl Kautsky, Karl Liebknecht y Eduard Bernstein, pasando por los de los dirigentes del socialismo de los Países Bajos, hasta los dedicados al anarquismo latinoamericano, la Guerra Civil Española y la masonería.

La decisión de la IS de depositar allí su archivo está relacionada, seguramente, con la capacidad del IISG de contener en forma eficiente los documentos, pero también con el reconocimiento de una historia compartida con el “panteón oficial” del socialismo. De hecho, uno de los entrevistados sugirió que Willy Brandt había manifestado su deseo de donar el archivo de la IS al IISG.

Si bien algunos investigadores habían empleado el material de estos archivos para estudiar transversalmente temas como el exilio o la relación de los líderes de la IS con la URSS, el archivo de la IS no había sido trabajado integralmente hasta el momento de iniciar esta investigación, entre otros motivos porque en el período en que más se escribió sobre la IS los archivos no estaban a disposición del público.

Además del archivo histórico de la IS, para este libro también se trabajó con documentos de los archivos de Bernt Carlsson –político sueco y secretario general de la IS entre 1976 y 1983- de la Unión Internacional de Juventudes Socialistas (IUSY), de Joop den Uyl –ex primer ministro holandés y vicepresidente de la IS-, de Julius Braunthal –ex secretario general de la IS- y de Marten Van Traa –político holandés y participante activo de la IS-. En el mismo instituto se accedió a los ejemplares de la revista *Socialist Affairs* (está la colección completa), a copias de los boletines editados para América Latina y a diversos materiales audiovisuales.

Un archivo –su forma, su contenido, el tipo de material que incluye- también habla de quien lo conformó. La IS es una organización formal en sus procedimientos internos y sigue en esto el modelo de los partidos europeos que la fundaron. Esta característica llevó a sus dirigentes a guardar copias de

toda la correspondencia, así como del material enviado por terceros, fueran organizaciones o individuos.

Los años que recorre esta historia de la IS, aun no siendo lejanos, eran todavía los de la correspondencia, o a lo sumo el telegrama, lo cual no deja de ser una bendición para los historiadores. Los viajeros eran otra fuente de información habitual. Profesores universitarios, intelectuales, políticos y diplomáticos escribían informes que eran enviados a la IS para su análisis. Esta documentación no solo permite reconstruir la actividad política de los diversos actores, sino también la red de relaciones personales, vínculos políticos y afinidades intelectuales que estos construyeron. Es por ello también una importante herramienta para profundizar en la historia política e intelectual del momento.

El archivo histórico de la IS posee casi 1300 cajas de documentos en papel, fotografías y cintas de audio y video. Sus documentos registran la actividad de la organización entre 1951 y mediados de la década de 1980 (último período al que se accede en virtud del sistema de desclasificación). Están distribuidos en cajas separadas y organizados por países, líderes, reuniones o temas específicos. Frecuentemente es difícil saber dónde puede encontrarse un determinado material. Una carta de Olof Palme a Carlos Andrés Pérez sobre Nicaragua, por ejemplo, debería estar en tres grupos de cajas (cajas Palme, cajas Carlos Andrés Pérez y cajas Nicaragua), pero esto no siempre es así, lo que obligó a un trabajo muy minucioso.

Además de correspondencia y material sobre las actividades de la IS, el archivo guarda documentación que en su momento fue confidencial o secreta, notas personales y comunicaciones entre los líderes y los partidos, informes de gobiernos, embajadas, organismos internacionales, cartas de consulta de ciudadanos comunes y materiales enviados por las guerrillas latinoamericanas. Los documentos sobre las relaciones de la IS con América Latina son abundantes.

La aparición del vasto archivo del Secretariado Latinoamericano de la IS para América Latina fue la primera sorpresa. Este organismo interno de la IS funcionó entre 1955 y 1971 y contra todo lo afirmado, su correspondencia reveló una sorprendente vitalidad, múltiples contactos con políticos y partidos latinoamericanos, y un alto nivel de conocimiento de la coyuntura política de la región y de cada partido.

El archivo personal de Bernt Carlsson resultó crucial para el desarrollo de la investigación. El ex secretario general de la IS tomaba apuntes de todas sus reuniones, pensamientos y conversaciones (incluso las telefónicas). Todo ese material aún está en el IISG. Así se pudo descubrir situaciones a las que de otra manera habría sido imposible acceder. Los documentos que reproducían diálogos, reuniones y comunicaciones entre Carlsson y su equipo de trabajo en la Secretaría General sacan a la luz cuáles eran las líneas de tensión entre él y Willy Brandt. Estas tensiones no habían aparecido en las entrevistas y apenas se reflejaban en la literatura.

La actividad de Carlsson fue frenética entre 1976 y 1983, período en que recorrió todo el mundo y asistió a reuniones con líderes y partidos, en especial en América Latina. Su agenda muestra que, en algunas épocas, llegó a visitar cerca de 25 países en un mes. Con ese nivel de actividad no sorprende que la muerte lo encontrara en un avión. Carlsson murió en 1988 cuando viajaba en el avión de Pan Am que explotó en Lockerbie. En ese momento –ya alejado de la IS– era mediador de la ONU para el conflicto entre Namibia y Sudáfrica y se dirigía a Londres antes de ir a Nueva York a firmar el acuerdo final. Su muerte fue motivo de diversas teorías conspirativas que se encuentran en Internet.

A los materiales archivados en el IISG se les sumaron otros, que resultaron de suma utilidad. En la Fundación Mario Soares, en Lisboa, se encontraron importantes documentos del archivo personal del ex presidente portugués y activo



protagonista de esta historia. Fueron fundamentales para reconstruir el accionar de la IS durante los primeros años de la presidencia de Brandt, en especial un episodio de crucial importancia como fue el envío de una misión de la IS a países de Centroamérica y el Caribe.

En Uruguay se accedió a los papeles personales de Humberto Maiztegui, guardados por su familia. Allí se obtuvo información valiosa que complementaba la obtenida en el IISG y terminaba de delinear la importancia de las estrategias de la IS para América. Maiztegui, como Carlsson, son dos hombres cuyas activas vidas políticas han quedado –injustamente– en las sombras de la historia.

Además de los mencionados, también se han consultado archivos desclasificados del Departamento de Estado de los Estados Unidos y de la colección *Reagan presidential archives*, así como algunos archivos disponibles en Internet, como *George Lister's papers*, de la Universidad de Texas. Un importante corpus, aún hoy inaccesible, tanto por las barreras burocráticas como por las idiomáticas, se encuentra en Moscú y ayudaría a conocer la “otra parte” de la historia: está constituido por informes y evaluaciones de las diferentes dependencias del gobierno y seguramente podría aportar información de valor incalculable. Se ha podido acceder a las traducciones del archivo Mitrokhim que, aunque de origen polémico, aporta información de interés y es un símbolo de la intensidad que la Guerra Fría alcanzó en América Latina.

### *Las entrevistas*

Para la elaboración de este trabajo se han realizado numerosas entrevistas, no solo a varios de los protagonistas principales de aquella época, sino también a personas menos visibles, como diplomáticos que, en los países donde habían sido destacados,

estaban en contacto con autoridades y opositores, al tiempo que mantenían los vínculos con sus propios gobiernos. Para obtener esta clase de información también se ha entrevistado a funcionarios de diversas organizaciones internacionales y de fundaciones partidarias destinados en América Latina.

Entrevistar a Mario Soares representó uno de los momentos más significativos en la investigación. El diálogo permitió conocer el pensamiento y la experiencia de una de las personalidades más importantes de la política europea y obtener información de suma utilidad para comprender integralmente la época estudiada.

Pierre Schori –colaborador de Olof Palme y ex ministro sueco–, Luis Yáñez-Barnuevo –ex secretario de Estado de Felipe González–, Elena Flores –encargada de las relaciones internacionales del PSOE durante los años en que Brandt condujo la IS– y Miguel Ángel Martínez –vicepresidente de la IUSY en los años sesenta y luego enviado por la IS a diversas misiones– proporcionaron información muy valiosa para contrastar con la de los archivos y también sumaron a la investigación la vitalidad de sus propias experiencias personales.

Celestino del Arenal, uno de los más importantes estudiosos de las relaciones internacionales en España y en 1978 secretario de la misión de la IS a Centroamérica, y Scott Palmer, académico especializado en la política exterior de Estados Unidos, aportaron información sustantiva sobre sus campos de trabajo y valiosos testimonios de sus propias experiencias. También fue entrevistado Julio Godio, quien escribió varios trabajos sobre la IS y participó activamente de la etapa inicial de la era Brandt, desde Venezuela, donde estaba exiliado. En tanto Víctor O. García Costa, dirigente del socialismo argentino en las décadas de 1970 y 1980, aportó una perspectiva distinta sobre la actividad de la IS en el país.

En Alemania se realizaron entrevistas con Albrecht Koschützke, quien fuera director de *Nueva Sociedad* durante diez

años, además de un importante funcionario para América Latina de la Fundación Friedrich Ebert, con Doerte Wollrad, la actual Directora Ejecutiva para América Latina de la fundación, y Walter Nocker, quien fuera director del Centro de Estudios Democráticos de América Latina (CEDAL) en Costa Rica y funcionario de embajadas alemanas en Chile (durante el inicio del gobierno de Pinochet) y en España (durante la transición). Información muy valiosa fue proporcionada por Mónica Wengrowicz (antes Pollak), importante dirigente del partido israelí MAPAM y delegada a la IS. En Holanda también fue entrevistado Álvaro Pinto, ex secretario internacional del Partido Laborista Holandés (PvdA).

Además se concretaron entrevistas con más de treinta militantes latinoamericanos exiliados que aún permanecen en diversos países de Europa y que aportaron información valiosa de sus países de origen y de aquellos que los recibieron, de los organismos que los auxiliaron y de las relaciones políticas que construyeron en sus nuevos destinos. Muchos de ellos, desde el mismo momento en que iniciaron su actividad política, se insertaron en redes internacionales como las aquí estudiadas y fueron estas redes, en muchos casos, las que les permitieron escapar.

### *La prensa y otras publicaciones*

Si bien durante la época que ocupa este libro no había una explosión de tecnología asociada a los medios de comunicación, existía mucha prensa escrita que, a menudo, registraba información que en ese momento podía no parecer importante: visitas de funcionarios de otros países, polémicas con organismos internacionales o apelaciones nacionalistas frente a injerencias extranjeras. Leídos con ojos actuales, estos materiales son fuentes para registrar la actividad internacional en apoyo de la democratización.

Muchos periódicos y revistas, como *Newsweek* o *Time*, tienen digitalizados sus ediciones de aquellos años, que dedicaron un espacio permanente a esta temática, en particular a Centroamérica. El diario español *El País*, por su parte, realizó un seguimiento de las actividades de la IS cuando Felipe González tenía un importante papel en la organización. La prensa partidaria y la de los movimientos guerrilleros también resultaron de interés. Allí figuran referencias a la política internacional que muestran la huella de las vinculaciones de estos grupos: datos sobre reuniones o anécdotas que luego pueden chequearse con otras fuentes y convertirse en información valiosa para reconstruir la historia.

Finalmente, muchos de los actores políticos de aquella época han escrito libros sobre lo vivido –en general de escasa tirada y publicados por editoriales partidarias o independientes que ya no existen– que permiten reconstruir facetas no siempre conocidas. Con el cuidado que exigen los testimonios en primera persona y la literatura biográfica y autobiográfica, resultan materiales que deben ser sistemáticamente trabajados y confrontados a la luz de trabajos académicos y material de archivo.

#### *Notas*

1. Whitehead (1986: 32-49).
2. Evers (1993: 52).

## Capítulo 2

### *El contexto internacional y la organización de la IS*

El escenario internacional ha influido de manera muy significativa en las estrategias organizativas de la IS, en particular en las dirigidas hacia América Latina. Las relaciones entre los bloques socialista y occidental o entre alguno de ellos y los países de América Latina y Europa han sido abundantemente estudiadas desde diversas perspectivas –algunas de ellas se mencionan en la bibliografía final– por lo que no será necesario aquí reiterar una historia de la política internacional de posguerra de la que ya existen trabajos de importantes exponentes, como los del historiador inglés Eric Hobsbawn. En lo que sigue, se hará referencia explícita a algunos acontecimientos históricos solo en la medida que resulte necesario para reconstruir el recorrido de la IS.

Para cualquier organización, el entorno en que se mueve es de crucial importancia cuando se trata de generar estrategias para conseguir los objetivos propuestos. Así visto, el entorno presenta tanto oportunidades como amenazas. Estas últimas se concretarán si la organización no logra generar procesos adaptativos eficientes, es decir, si no puede seguir obteniendo los recursos necesarios para el funcionamiento de la organización y el sostén de su coalición dominante. Por ejemplo, desde este punto podría afirmarse que la II Internacional se

extinguió por su incapacidad para hacer frente a un contexto muy complejo –Primera Guerra Mundial, Revolución Rusa– que planteaba desafíos de tal magnitud que la organización no pudo sino sucumbir ante ellos.

Los estudios más recientes en teoría de las organizaciones argumentan que frente a entornos turbulentos es preferible tener organizaciones con algún nivel de informalidad y, fundamentalmente, flexibles. Volviendo al caso de la II Internacional, se podría afirmar que frente a un entorno particularmente hostil, la organización careció de flexibilidad para adaptarse, lo cual la llevó a la desaparición.

### *La IS en el marco de la Guerra Fría*

Se llamó “guerra fría” al proceso que entre 1947 y 1991 enfrentó sordamente a las dos principales potencias emergidas de los conflictos mundiales. Si bien implicó tensión y enfrentamiento permanente entre Estados Unidos y la Unión Soviética, su principal característica es que no tuvo consecuencias bélicas directas entre ambos contendientes. Cuando se produjeron enfrentamientos armados, estos fueron entre terceros y lejos de sus territorios y de los principales centros urbanos europeos; por ejemplo, en El Salvador, Vietnam, Afganistán o Grecia. Pero no todo fue pelea. También la guerra fría incluyó contactos entre las partes y, a veces, diferentes tipos de acuerdos y negociaciones. En ocasiones, el enfrentamiento solo apuntó a influir en la opinión pública o fue una estrategia previa para encarar compromisos mutuos desde una posición de mayor fortaleza.

Esto ocurrió, en gran medida, porque el empleo del poder nuclear de ambos habría sumido al mundo en una destrucción de la cual resultaba imposible pronosticar un ganador. Sin embargo, la posibilidad de que este pacto implícito se rompiera

por diversas razones (alguna decisión, error o insubordinación de mandos medios) estuvo siempre latente y pudo haber llevado al mundo a una guerra nuclear en apenas minutos.

Los llamados países del Tercer Mundo se integraron dentro de alguno de los bloques en disputa y se convirtieron en escenarios de la guerra, en diferentes escalas. En América Latina, la llamada Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN) representó desde los años sesenta una concepción muy difundida acerca de las formas que debía adoptar la lucha contra el comunismo. La DSN se convirtió en la ideología oficial de las Fuerzas Armadas latinoamericanas, quienes se sintieron habilitadas para desarrollar tareas de seguridad y represión interior. Por ello, el campo de los enemigos se extendió más allá de los movimientos políticos o armados e incluyó a la propia sociedad civil.

La Guerra Fría fue el marco general que articuló los procesos y conflictos que se originaron a nivel nacional o regional. La trascendencia de un conflicto no estaba dada por el tamaño del país, la cantidad de muertos o la violencia del suceso, sino por las implicancias que tenía en el marco del enfrentamiento entre la URSS y EE.UU. Es decir, era el marco geopolítico el que le otorgaba o le quitaba relevancia a los procesos. Lo acontecido en la diminuta isla de Granada es un buen ejemplo: la magnitud del problema no guardaba relación con la cantidad de población, los recursos naturales o la amenaza que podía representar la capacidad militar de los granadinos para la seguridad de EE.UU.; si alcanzó una dimensión superlativa fue porque se daba en un momento de polarización extrema y en una zona donde la actividad del bloque soviético venía incrementándose.

En un escenario polarizado, los extremos se atraen y a la vez se repelen, lo que lleva a los actores a volcarse hacia uno u otro; y por eso mismo las posiciones moderadas tienen dificultades para sobrevivir. Por el contrario, en los momentos de distensión los otros actores tienen más libertad para actuar

autónomamente y buscar la consecución de objetivos particulares, diferentes de los que se persiguen en los extremos. La Guerra Fría tuvo momentos de mayor enfrentamiento y otros de distensión. Y la IS fue muy sensible a estos cambios de clima internacional: si la polarización se extremaba, quedaba menos lugar para que otros actores participaran de la escena política con sus propios programas e intereses.

El historiador Fred Halliday dividió el período de la Guerra Fría en diferentes etapas. Esa división puede ser cuestionada e incluso superada, pero para este trabajo resulta una herramienta útil si se quiere trazar un paralelo con los diferentes momentos organizacionales de la IS.

**Cuadro 1**  
Etapas de la Guerra Fría y estrategias de la IS

<i>Etapa</i>	<i>característica</i>	<i>estrategias de la IS</i>
Primera Guerra Fría (1947-1953)	Polarización	Alineamiento con EE.UU.
Antagonismo oscilatorio (1953-1969)	polarización/distensión	Distintas posiciones. Los primeros años mantuvo un alineamiento con EE.UU. para luego cambiar esa tendencia y aumentar su autonomía de ambos bloques.
Détente (1969-1979)	Distensión	Políticas propias, de cooperación y conflicto con los dos bloques. Autonomía organizativa.
Segunda Guerra Fría (1979-1989)	polarización extrema	Políticas propias, enfrentamientos con EE.UU. Crisis interna y pérdida de influencia a partir de 1986.

Fuente: Elaboración propia a partir de Halliday (1986).



La primera Guerra Fría (1947-53) encontró a la organización en el complejo proceso de su fundación y en medio de un mundo en reconstrucción donde EE.UU. y la URSS comenzaban a consolidar sus propias zonas de influencia. En el plano interno, las respuestas organizacionales no fueron de una gran expansividad, en primer lugar porque la IS –creada en 1951– aún se encontraba definiendo sus propias formas como organización y los procesos de reconstrucción nacional absorbían las mayores energías de sus miembros.

La llamada Doctrina Truman habilitó para Estados Unidos la posibilidad de intervenir en defensa de gobiernos acorralados por los comunistas o en países donde estos pudieran acceder al poder, y su primera aplicación práctica fue durante la Guerra Civil Griega (1941-1949). En este primer momento –para los europeos todavía no estaban claras las tendencias definitivas que tomaría el enfrentamiento entre las potencias– la IS adoptó posiciones muy cercanas a las de EE.UU. Entre algunos de los socialdemócratas aún repercutía el fin de la Guerra Mundial, con EE.UU. en el papel de “liberador” y, posteriormente, responsable del Plan Marshall.

Los documentos de la IS, principalmente la declaración fundacional de 1951, apuntaron a ubicar a la organización en un punto intermedio entre los dos sistemas en disputa. Desde allí se buscaría promover políticas de distensión que alejaran la posibilidad de una nueva confrontación mundial, sobre todo en territorio europeo. La aceleración de la tensión entre la URSS y EE.UU., sin embargo, atrajo a la IS hacia las posiciones occidentales. En parte, esto respondía al hecho de que su coalición interna dominante estaba liderada por el laborismo británico, con todo lo que ello significaba en relación con la participación en la alianza atlántica y una cierta reticencia a los proyectos de integración europea.

Los socialistas alemanes, en cambio, entendían que una polarización extrema alejaría cada vez más la posibilidad de

reunificación del país, además de aumentar el riesgo de conflictos armados. Sin embargo, ni la situación internacional, ni la misma posición del SPD en el interior de la IS pudieron contrarrestar la iniciativa de los laboristas.

Esta inicial corriente de simpatía hacia la posición estadounidense se agudizó por tres circunstancias. Primero, el golpe de Estado en Checoslovaquia (1948), país donde la socialdemocracia contaba con una importante tradición, fue un estímulo muy fuerte para oponerse a la política de la URSS en el continente. Segundo, el bloqueo de los soviéticos a Berlín en 1948. Y en tercer lugar, la división de Alemania en dos Estados en 1949. Estos hechos convencieron a la mayoría de los socialdemócratas europeos de acercarse a los EE.UU. también como una forma de auto preservación frente a las políticas expansionistas de la URSS. En ese mismo año de 1949, EE.UU. y sus aliados crearon la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) con el fin de homogeneizar las políticas defensivas del bloque. Mientras, la alianza ruso-china extendía la Guerra Fría a Asia.

Este primer alineamiento con EE.UU. también estuvo relacionado con una posición de cierta debilidad de la organización: para 1951 ya no había partidos socialdemócratas en Europa oriental y la posición geopolítica de Europa en el nuevo mundo bipolar no parecía ser demasiado significativa, al menos en comparación con la que tuvo en el mundo de preguerra. Es en este marco que deben leerse los primeros intentos de expansión de la IS, con Asia como espacio central del interés.

La seguridad continental y el colonialismo fueron, durante estos primeros años de la IS, las dos cuestiones que mayor atención generaron entre los partidos europeos. Esto fue así porque afectaban directamente la gobernabilidad de los países y también, cada vez más, los resultados electorales. Ade-

más, porque se relacionaban con un tercer punto que fue en constante crecimiento en la agenda política: la integración europea. En este contexto, América Latina no aparecía entre las prioridades, a pesar de que los partidos socialistas argentino, uruguayo y chileno mantenían vínculos con la IS.

Este primer período de la cronología propuesta por Fred Halliday sobre la Guerra Fría terminó con la muerte de Stalin y el fin de la Guerra de Corea, enfrentamiento que había marcado las primeras disidencias de los partidos socialdemócratas con la política exterior de EE.UU.

En el siguiente período (1953-69), denominado por Halliday “de antagonismo oscilatorio”, las relaciones entre las superpotencias fueron cambiantes. Los primeros años siguieron el curso del período anterior, con la concreción del Pacto de Varsovia (1955) –una respuesta a la OTAN– y la invasión soviética a Hungría (1956) como sus momentos más importantes. Ambos sucesos empujaron aún más a los europeos hacia el lado occidental. El colonialismo siguió siendo un tema espinoso: los partidos europeos no pudieron superar las problemáticas nacionales que la cuestión estimulaba ni consensuar políticas frente a la intensidad de los acontecimientos que se desarrollaban en Asia y África.

La cuestión colonial repercutió fuertemente en la IS. Los partidos con pasado y presente colonial encontraban serias dificultades para justificar sus políticas ante los demás miembros de la organización. En el caso del socialismo francés (llamado por entonces Sección Francesa de la Internacional Obrera), esta situación se agudizó porque su líder histórico (Guy Mollet) encabezó el gobierno del país en momentos en que se desarrollaba la Guerra de Argelia. Fue también la cuestión colonial la que bloqueó, en esta etapa, el crecimiento de la IS en Asia y África.

Las dificultades para expandirse en otros continentes llevaron a la IS a interesarse por América Latina, que comenzó a ser

considerada un terreno posible en donde proseguir la “cruzada” contra el comunismo. Para atender la problemática de la región se creó en 1955 el Secretariado Latinoamericano de la IS, el primer intento de aumentar su influencia en el subcontinente.

Bajo la dirección del laborismo, la IS siguió por estos tiempos alineada con EE.UU., si bien el comienzo de la Guerra de Vietnam generó tensiones. En 1962, la llamada “crisis de los misiles” en Cuba representó un momento de intenso dramatismo, en el que la política de enfrentamiento indirecto de la Guerra Fría pudo haber dado paso a un conflicto de consecuencias imprevisibles. De a poco, el Caribe comenzaba a considerarse un espacio donde EE.UU. no admitía medias tintas.

Uno de los principales expertos en la política exterior de EE.UU., Federico Gil, demostró que la política de Washington para América Latina se caracterizó en todos los períodos por una tensión entre una burocracia estatal, que priorizaba la seguridad nacional, y elites políticas, que intentaban –a veces– pensar la relación con Latinoamérica de maneras menos estrictas. Este fue el caso del gobierno de John F. Kennedy, quien intentó responder a los desafíos en la región con una política muy activa: la Alianza para el Progreso. Esta política coincidió con la radicalización cubana y, a pesar de su impacto en el continente, fue abandonada con la muerte del presidente estadounidense.

La frustrada invasión a Bahía de Cochinos (1961) alteró aún más la relación entre los partidos socialistas y la IS, que en su estrategia hacia América Latina continuaba en el rumbo marcado por la política estadounidense. Esta situación fue cambiando a medida que el SPD comenzó a recomponer su situación electoral. Un paso clave se produjo en 1966 con la llegada al poder de este partido en el marco de una alianza de gobierno con su tradicional rival, la Unión Demócrata Cristiana (CDU por sus siglas en alemán). Un ejemplo de esta nueva política socialdemócrata fue la estrategia de acer-

camiento al Este llevada a cabo por Willy Brandt a partir de 1969, cuando fue electo para ocupar la cancillería alemana y desde allí impulsó la normalización de las relaciones con los países de Europa del Este, incluyendo un pedido de disculpas a Polonia por los crímenes nazis y la firma de un acuerdo entre ambas Alemanias por el que se reconocían mutuamente. Conocida como *Ostpolitik* (“política del Este”) pocos años después le valdría al líder alemán la obtención del premio Nobel de la Paz.

El crecimiento del partido bajo el liderazgo de Brandt también se reflejó en la IS: allí, las tendencias más neutralistas comenzaron lentamente a disputarle al laborismo inglés la iniciativa política de la organización y el SPD no se detuvo hasta colocar a un alemán en la presidencia. Se trató de una gestión efímera: Erich Ollenhauer murió a los tres meses de asumir el cargo en 1963.

El tercer período de la cronología de Halliday sobre la Guerra Fría, conocido con la palabra francesa *détente*, se extendió entre 1969 y 1979 y se caracterizó por una distensión entre las potencias, cuyo símbolo fue el proceso de negociación sobre misiles, conocido como SALT (*Strategic Arms Limitation Talks*). La similar capacidad de producir armas nucleares que tenían ambas potencias y la peligrosa experiencia de la crisis de los misiles en Cuba actuaron como elementos de disuasión. Soviéticos y estadounidenses firmaron una tregua transitoria para recomponer su situación y poder pensar en retomar el enfrentamiento en un futuro.

La llamada Doctrina Nixon, que marcó el inicio de este tercer período, intentó reducir la magnitud de los compromisos mundiales de EE.UU. y dar mayores responsabilidades en la cuestión defensiva a sus aliados europeos y asiáticos. Una variable clave para entender la necesidad de la distensión fue la misma situación interna de EE.UU.: su economía se vio asediada por el boicot petrolero de la Organización de Paí-

ses Exportadores de Petróleo (OPEP) iniciado en 1973, por el aumento descontrolado del déficit fiscal y, en menor medida, por el avance de las economías alemana y japonesa que, por primera vez, lograban convertirse en serias competidoras.

El viaje del entonces presidente Richard Nixon a China, además, había generado en la URSS el temor de una alianza entre ambos países. Al mismo tiempo, los bloques que respondían a cada superpotencia parecían cada vez menos homogéneos. En el bloque socialista, Yugoslavia y China marcaban públicamente las diferencias con los soviéticos. Europa Occidental, por su parte, buscaba un camino propio y trataba de distender la relación con los países del Este, una necesidad perentoria si se quería evitar una nueva guerra mundial, en la que todos los misiles iban a pasar por el territorio europeo.

La situación económica de Europa no era por entonces mucho mejor que la de EE.UU., ya que la crisis del petróleo y el aumento del precio de los *commodities* habían impactado fuertemente en los países desarrollados. Junto con un mayor poder de negociación de los países del Tercer Mundo, se había puesto en duda la continuidad del Estado de Bienestar en sus formas clásicas. Y a esto se le sumaba la incapacidad de algunos gobiernos de comprender el cambio de coyuntura, con la consiguiente profundización de la crisis. Willy Brandt lo señalaba muy claramente:

“Tenemos que ocuparnos más activamente de las relaciones entre países productores y consumidores de materias primas. La evolución de nuestra situación política doméstica dependerá en gran medida de las nuevas relaciones entre los precios de las materias primas y los de los bienes manufacturados”<sup>1</sup>.

Como resultado de esta situación, varios partidos socialdemócratas sufrieron retrocesos electorales: en 1976 el socialismo sueco perdió el gobierno por primera vez en casi cuarenta años; en 1977 fue el turno del laborismo holandés; y en

1979 el laborismo británico pasó a la oposición, dejando el gobierno en manos de Margaret Thatcher. Una suerte similar corrió el SPD en 1982.

La crisis política y de hegemonía que se produjo en EE.UU., con la combinación del caso Watergate (1972-74) y la forzada salida de Vietnam (1975), se extendió más allá de los límites temporales de la guerra y llegó a influir hasta el gobierno de Jimmy Carter (1977-81). Los primeros años de éste en la presidencia de EE.UU. constituyeron el momento más alto del período de distensión. La distensión no solo se explica por la voluntad del presidente estadounidense de hacer de los derechos humanos el eje central de su política exterior: algunas de las concesiones realizadas –como la firma del Tratado del Canal de Panamá, la mediación en el conflicto árabe-israelí que derivó en los Acuerdos de Camp David, el reconocimiento formal del gobierno comunista de la República Popular China y el proceso de conversaciones sobre desarme nuclear (SALT II)– habrían sido impensables unos años antes. Cerca del fin de su mandato, Carter volvió a endurecer su política hacia la URSS, sobre todo, por la certeza de que ésta había producido un fuerte debilitamiento del poder estadounidense en la zona del Caribe, aún mayor luego de la llamada “crisis de los rehenes” en Irán.

A comienzos de este período el presidente de Panamá, Omar Torrijos, comenzó el lento camino que concluiría en 1977 con la firma de los tratados del canal. Su estrategia fue convertir un problema burocrático administrativo en un tema geopolítico, para lo cual estrechó sus vínculos con los presidentes de Venezuela, México y Costa Rica. Parafraseando a Robert Pastor, la solución del tema del canal fue el test más crucial del grado de sinceridad de la política latinoamericana de los EE.UU. bajo la administración Carter y por ello era observado atentamente por los distintos líderes latinoamericanos.

En el Cono Sur, en tanto, los partidos políticos no encontraban condiciones para desarrollar con normalidad su vida

organizativa y lo mismo ocurría con los de Nicaragua, Guatemala y El Salvador. Agrupados en la Internacional Demócrata Cristiana, algunos de los partidos rivales de la IS en la región eran poderosos y gobernaban, pero no eran tantos ni estaban tan bien coordinados como los socialistas y sus aliados. Entre ellos se pueden mencionar al venezolano Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), al Partido Demócrata Cristiano de El Salvador y al de Chile. En general estos partidos jugaban en la órbita de las políticas estadounidenses en una sólida alianza que se escenificó, fundamentalmente, durante el gobierno de José Duarte en El Salvador. La caída del gobierno de Salvador Allende fue un momento traumático que llevó a los partidos de Alemania, Suecia, Holanda y Austria a rever su escasa implicación en la IS.

Con la erosión de la hegemonía estadounidense y la consolidación de una mejora en los términos del intercambio, la década de 1970 fue un momento favorable para que los países del Tercer Mundo aumentaran su participación en el comercio mundial. Al mismo tiempo, creció su presencia política en los organismos internacionales (la conformación del Movimiento de Países No Alineados, por ejemplo, se tradujo en un bloque mayoritario en la ONU). En forma paralela, surgieron diversos movimientos de liberación, particularmente en América Latina y África.

En síntesis, en esta etapa las tensiones de la disputa Este-Oeste fueron disminuyendo y se consolidaron las tendencias que fomentaban una lectura de la geopolítica mundial basada en la oposición Norte-Sur, que encontró su máxima expresión en el llamado movimiento por el Nuevo Orden Económico Internacional. Esa mirada dominó incluso la agenda de la ONU, donde se constituyó una mayoría de países que logró resoluciones con la oposición de las principales potencias.



El último período de la cronología propuesta por Halliday fue denominado como “Segunda Guerra Fría” y se desarrolló entre 1979 y 1989. Se caracterizó por una vuelta a la polarización extrema entre los actores del drama bipolar, aunque también admitió algunas etapas diferenciadas en su interior.

La llegada de Reagan a la presidencia de EE.UU. en 1981 cambió de plano la política que caracterizó la época de la *détente*, aunque algunos de sus principios ya habían sido abandonados en los últimos años del mandato de Carter. Las posiciones del nuevo presidente fueron opuestas a las de su antecesor, sobre todo durante su primer mandato. La estrategia hacia el bloque soviético implicó un aumento constante y creciente de la conflictividad, particularmente en América Latina.

Revertir la posición de “debilidad” de la política exterior de Carter, sobre todo en Centroamérica, se constituyó en la idea central que llevó a EE.UU. a endurecer su posición en todos los espacios de conflicto geopolítico. Sin embargo, así como la asunción del presidente demócrata no había significado por sí misma la apertura de la distensión, tampoco la llegada de Reagan constituyó la única explicación del nuevo cambio.

La percepción, tanto de las elites como de la opinión pública estadounidense, era que existía otro avance de la URSS que se manifestaba en el aumento de revoluciones en el mapa del Tercer Mundo y, sobre todo, en la intervención militar en Afganistán. Este último hecho podía ser visto como el fin de la *détente* porque significaba la presencia de tropas soviéticas fuera de los países que conformaban el Pacto de Varsovia. Desde el punto de vista de Moscú, el argumento iba en sentido contrario: todo el problema se debía a la decisión del bloque liderado por los estadounidenses de avanzar en la instalación de misiles Pershing en algunos países europeos.

Al llevar la polarización hacia sus extremos, EE.UU. y la URSS volvieron a obligar a los distintos actores a posicionarse

en torno de uno u otro de los polos del conflicto y a reconstituir sus acciones en un eje orientado nuevamente en la disputa Este-Oeste. La polarización llegó a momentos de alta conflictividad en 1983, cuando la administración norteamericana anunció el proyecto conocido como *Star Wars*.

En el ámbito de América Latina se aplicó la Doctrina Kirkpatrick –por Jeanne Kirkpatrick, embajadora del gobierno de Reagan ante la ONU–, que establecía diferencias entre gobiernos autoritarios y totalitarios. Según Kirkpatrick, los primeros, encabezados por las fuerzas armadas o sus representantes, eran menos represivos, más susceptibles de liberalización y más compatibles con los intereses norteamericanos que los gobiernos totalitarios representados por las autocracias revolucionarias o sus aliados.

En la práctica, la aplicación de esta doctrina sostuvo a los gobiernos militares latinoamericanos que apoyaban a EE.UU. frente a los grupos orientados hacia Moscú o no definidos geopolíticamente, aunque estos defendieran posiciones democráticas y de defensa de los derechos humanos. Otra consecuencia de esta postura fue la llamada “guerra de baja intensidad” utilizada como estrategia de intervención en los conflictos en América Central. En el caso de Granada, Estados Unidos recurrió directamente a la invasión militar, enviando de ese modo un mensaje de fuerza hacia Cuba y sus aliados. Y es que para el grupo de asesores del presidente la zona de Centroamérica y el Caribe era la mayor amenaza que la URSS generaba sobre EE.UU.

Con la moratoria decretada por México en 1982 comenzó el proceso conocido como “crisis de la deuda,” que revirtió drásticamente las condiciones económicas favorables del período anterior. Una de las principales consecuencias fue que los gobiernos del Tercer Mundo se vieron en dificultades para mantener sus finanzas al día y tuvieron que recurrir al apoyo de los organismos financieros internacionales. A partir de estas condiciones,

la Guerra de las Malvinas fue el catalizador que cambió las relaciones entre los países desarrollados y los de América Latina.

El año 1983 resultó conflictivo y tenso en la confrontación bipolar y en la vida interna de la IS, pero fue, a la vez, un año de avances en el proceso de recuperación de la democracia para varios países latinoamericanos, entre ellos la Argentina. Paradójicamente, la mayoría de los procesos de transición que culminaron con éxito ocurrieron durante el gobierno de Ronald Reagan y en momentos en que el enfrentamiento entre las potencias era mayúsculo.

Desde la perspectiva estadounidense, el enfrentamiento total, sobre todo con aquellos países del Tercer Mundo difusores de la ideología socialista, era el camino correcto para consolidar sistemas democráticos. Es interesante señalar que el llamado Informe Kissinger, que legitimó esa política, dedicó algunos de sus pasajes a la actividad socialdemócrata en la zona, por lo que resulta importante profundizar en él para contextualizar mejor el objetivo de este libro.

### *La mirada de los otros: el Informe Kissinger*

El Informe Kissinger refleja el espíritu y la letra de la política de EE.UU. hacia América Latina. Fue producido a pedido del presidente Reagan por el grupo de parlamentarios, políticos e intelectuales que integraban la Comisión Presidencial Bipartita de Estados Unidos sobre América Central, más conocida como Comisión Kissinger. Si bien fue elaborado durante 1983, el informe final se presentó en enero de 1984 y resultó un sólido respaldo a las políticas del presidente Reagan hacia Centroamérica. La importancia que EE.UU. daba al área quedó reflejada, además, en el discurso televisivo que el presidente pronunció en esa ocasión, en el que explicó en forma didáctica y contundente los motivos que exigían aumentar la

presencia norteamericana en la zona. El entonces presidente norteamericano no se anduvo con vueltas:

“Centroamérica es una región de gran importancia para Estados Unidos. Está muy cerca. San Salvador está más cerca de Houston que Houston de Washington, nuestra capital. Centroamérica es América, está a nuestras puertas y se ha convertido en el escenario de un audaz intento de la Unión Soviética, Cuba y Nicaragua de instaurar el comunismo por la fuerza en todo el hemisferio. Cuando la mitad de nuestro tonelaje de mercancías y de petróleo importado pasa por las vías marítimas del Caribe y casi la mitad de nuestro comercio con el exterior atraviesa el Canal de Panamá y las aguas del Caribe, la economía y el bienestar de Estados Unidos están en juego”<sup>2</sup>.

El objetivo formal del trabajo era sistematizar recomendaciones para que el Presidente consolidara las estrategias de Estados Unidos hacia Centroamérica. Las conclusiones finales estuvieron a tono con las políticas que éste ya venía realizando, lo que resultó un apoyo trascendente en momentos en que se iniciaba un nuevo proceso electoral. La amplia conformación de la comisión sirvió también para acallar las voces críticas. La comisión estuvo integrada por miembros de los dos principales partidos estadounidenses, pero también del sindicalismo y la universidad. Además, la decisión de conformar una comisión plural permitió borrar la imagen negativa de una política cerrada, elaborada por oscuros asesores.

El tema de Centroamérica resultaba conflictivo, sobre todo por la utilización de métodos “indirectos” de intervención – como la financiación de aliados de EE.UU.– y por la brutalidad de la represión interna. Solo dos años después, una denuncia de la prensa derivó en el escándalo Irán-contras cuando el Congreso norteamericano intervino y develó una trama novelesca donde participaban miembros de la administración Reagan, pero que también involucraba al ex presidente Carter, carteles de la droga de Colombia y al mismo Bill Clinton, entonces gobernador de Arkansas. Este hecho no podía ser inesperado,

ya que el mismo informe Kissinger parecía admitir estas formas de financiamiento irregular por parte de EE.UU.

El informe fue claro al plantear la necesidad de aumentar la presencia estadounidense en la zona y reforzar las ayudas militares y, sobre todo, sostener la institucionalidad de El Salvador con la “corrección” de los excesos de la ultraderecha en el campo de los derechos humanos. Sostenía, además, que no solo hacía falta brindar ayuda económica y militar a la región, sino que resultaba imprescindible aislar a las guerrillas de sus fuentes externas de apoyo.

Nicaragua fue caracterizada como una herramienta de la estrategia soviética de subversión en el área. Por lo tanto, la comisión recomendaba aislar al gobierno sandinista y luego acabar con él: Estados Unidos no podía aceptar ninguna participación de los soviéticos en América en general y, en particular, en América Central y el Caribe, “*más allá de las ya toleradas en Cuba*”<sup>3</sup>. En este sentido, el documento admitía que la influencia política soviética era inevitable, pero que su capacidad militar debía ser neutralizada.

Resulta interesante observar que el informe confrontaba con la IS y los partidos socialdemócratas europeos en el gobierno, a los que mencionaba casi explícitamente. Esto podría mostrar que las estrategias socialdemócratas en la región habían afectado de algún modo las políticas estadounidenses o, al menos, generaban una molestia que debía ser manifestada.

“Desafortunadamente este interés (común) no se aprecia en Europa. *Algunos gobiernos y organizaciones políticas* han actuado en forma contraria a los intereses de seguridad de los Estados Unidos –de hecho, de Europa–, tales como el apoyo al gobierno sandinista o a los insurgentes salvadoreños [el subrayado no es del original]”<sup>4</sup>.

El pasaje es indicativo de cómo veía EE.UU. la política de la IS en la región. La mención a las “organizaciones políticas”

es una referencia implícita a la IS y sus partidos miembros, a la vez que un reconocimiento a su papel de actor geopolítico. En efecto, para EE.UU. la IS se había convertido en un actor con capacidad de operación e interlocución. Pero además de eso estaba siguiendo una política “equivocada” que llevaba a fortalecer el espacio soviético en la región. Este desacuerdo entre EE.UU. y Europa tenía, según el informe, diversos orígenes: involucraba visiones diferentes del “peligro comunista”, cálculos políticos e, incluso, cierta adhesión a las posiciones soviéticas o de sus aliados revolucionarios.

El informe afirmaba que nunca una revolución marxista-leninista había conducido a un país hacia un sistema de libertad y democracia. Por esta razón, era necesario confrontar también con los sectores democráticos “confundidos”, que no solo pertenecían a los países en conflicto sino también al continente europeo y a sectores de la propia opinión pública estadounidense. Aquí el informe es lapidario con la estrategia socialdemócrata de apoyo a estos sectores democráticos que, en el mejor de los casos, los calificaba de ingenuos y, en el peor, de infiltrados.

Según el informe, los estadounidenses eran los que proveían a Europa de su capacidad defensiva. Esta inversión había permitido a los europeos desarrollar sus Estados de bienestar despreocupados de los importantes gastos en la defensa. De allí que el sostenimiento de la alianza occidental se vería seriamente perjudicado si los soviéticos lograban imponer sus planes de cambiar la orientación geopolítica del Caribe, por cuyas rutas Europa podía recibir pertrechos en caso de estallar alguna crisis. El ex presidente Reagan declaraba irónicamente: *“No es la nuez moscada lo que está en peligro en el Caribe y Centroamérica. Es la seguridad nacional de EE.UU.”*<sup>5</sup>.

En este sentido se denunciaba que los marxistas, en su estrategia para obtener el poder, incorporaban a sus filas elementos de la sociedad democrática y que éstos los apoyaban como resultado de una supuesta “confusión” sobre los reales objetivos persegui-

dos por los comunistas. Es claro que este pasaje hace referencia al caso nicaragüense, el Frente Democrático Revolucionario (FDR) de El Salvador y a los socialdemócratas guatemaltecos.

Frente a la acción de la IS en América Latina, EE.UU. también buscó construir un dique político. Para eso reforzó sus vínculos con la Internacional Demócrata Cristiana (en ese entonces, Unión Mundial Democrática Cristiana). Esta alianza tuvo en El Salvador su principal baza y encontró un firme apoyo en el gobierno venezolano de Luis Antonio Herrera Campins y en los adversarios del Partido Liberación Nacional (PLN) en Costa Rica.

Durante el año 1980 se realizó un encuentro copatrocinado por la Fundación Konrad Adenauer, rival directa de la Ebert, que contó con la participación de líderes políticos, empresariales y sociales de Europa y América Latina. Este encuentro no fue público y cuando salió a la luz, por denuncias periodísticas, se comprobó que entre los acuerdos figuraba *“una estrategia para desestabilizar a los partidos socialistas del continente”*<sup>6</sup>.

Si bien en la Democracia Cristiana existían divergencias e intereses diferentes, también el liderazgo alemán era el que marcaba los tiempos de las alianzas y las decisiones globales. El líder conservador Franz-Josef Strauss estaba decidido a continuar la pelea con el SPD fuera de territorio alemán y, una vez más, Centroamérica se convertía en escenario para dirimir esa disputa.<sup>7</sup>

Si bien a mediados de la década de 1980 las posibilidades de llegar a una solución negociada en Centroamérica comenzaron a parecer más que una utopía, finalmente los conflictos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala se fueron desactivando a través de acuerdos de carácter transnacional, donde entre los múltiples actores involucrados no es posible dejar de considerar el accionar y la influencia de la IS. La organización socialdemócrata estimuló, aun en los momentos más críticos, una tendencia al diálogo y a la negociación multilateral que sirvió de base para

comenzar a construir el largo proceso que finalizó con la pacificación de la región. Si bien muchos de estos intentos inicialmente fracasaron, permitieron que los actores se conocieran, probaran diversas estrategias y esperaran la oportunidad más propicia para iniciar las conversaciones. Willy Brandt tuvo una activa participación en esto, sobre todo a través de su delegado personal Hans-Jürgen Wischnewsky. También la tuvo Felipe González, ya como presidente del gobierno español.

El inicio de este camino fue informal. Posteriormente se verá cómo, a partir de las reuniones y los contactos que los dirigentes de la IS promovían entre los diferentes actores, comenzó a crearse un espacio común donde, al menos, podía circular la información y se facilitaba el conocimiento mutuo. Podría decirse que el papel de la IS fue clave en esta especie de prototransiciones. Como se mostrará más adelante, la tendencia de la IS a estimular la acción conjunta de los líderes políticos fue una constante y, de algún modo, influyó en una generación que se formó a instancias de los viejos líderes europeos y que luego fue la protagonista de estos espacios colectivos de negociación.

Para graficar estas ideas, vale mencionar que en 1982 se creó el Grupo Contadora, integrado por Colombia, México, Panamá y Venezuela, cuyo objetivo era estimular la paz en Centroamérica. En 1985 se conformó el Grupo de Apoyo a Contadora, con la Argentina, Brasil, Perú y Uruguay. Tres de los cuatro presidentes -Raúl Alfonsín, Alan García y Julio Sanguinetti- eran miembros o muy cercanos a la IS, especialmente a Brandt y González. El Grupo Contadora más el Grupo de Apoyo conformaron el Grupo de los Ocho; más tarde, el Grupo Contadora se convirtió en el Grupo de Río. En 1985 se formó el Grupo de los Seis, que incluía a Alfonsín, Palme y Nyerere y cuyo objetivo era luchar contra la proliferación de armas nucleares. Suecia, por su parte, colaboró con el prestigio del Plan Arias, otorgándole el Nobel de la Paz a su creador.



La caída del Muro de Berlín y la disolución de la URSS pusieron punto final al mundo bipolar. Con ello también se crearon las condiciones para que EE.UU. abandonara su intransigencia y para que los procesos de paz que aún restaban se resolviesen bajo un marco más propicio.

El proceso centroamericano fue largo y solo pudo concretarse en la medida en que el escenario internacional fue generando las condiciones para ello y las coyunturas internas pudieron acomodarse a las nuevas coyunturas. La política de la IS para romper extemporáneamente la lógica inexorable y estructural del mundo bipolar sometió a la organización a fuertes presiones, y los partidos latinoamericanos que la integraban comenzaron a expresar sus diferencias entre sí y también con los europeos. Entrando en los años ochenta, algunos de los dirigentes más lúcidos ya intuían que el armado de la IS se agrietaba irremediablemente.

“Usted recordará que hice una declaración en la reunión [...] en julio pasado en Bonn. Mientras que felicitaba a la IS por su desarrollo, expansión y por haber aumentado su autoridad bajo su dirección, también afirmé que este desarrollo, en conjunto con la política exterior reaganiana, produjo también grandes riesgos para la organización. Si hoy ordenáramos marchar detrás de las banderas de la actual política exterior de Estados Unidos, la IS no podría hacerlo unida como lo hizo en los años 50. Ahora estamos en una fase decisiva”<sup>8</sup>.

## Notas

1. Brandt, Kreisky y Palme (1977: 177).
2. Reagan (1984: 304).
3. Kissinger (1984: 174).
4. Kissinger (1984: 176).
5. Pastor (1990: 227).
6. “Uno de los informes que los socialistas latinoamericanos han tomado más en consideración para elaborar sus conclusiones finales fue el presentado por el historiador y periodista argentino Gregorio Selser, quien dio cuenta de una reunión secreta celebrada en mayo del pasado año en Washington por miembros de la Unión Mundial Demócrata Cristiana. En ella se acordó una estrategia para desestabilizar a los partidos socialistas del continente. La política seguida en El Salvador no sería sino un reflejo de esa estrategia”. *El País*, Madrid, 03/03/1981. Ver también Solórzano, 1981: 62.
7. *El Día*, México, 29/05/1980, IISG.
8. Carta de Kalevi Sorsa a Willy Brandt, Helsinki 01/02/1982, IISG.

# índice

<b>Introducción</b>	11
<b>PRIMERA PARTE</b>	
<b>La Internacional Socialista: la historia y las ideas</b>	27
<b>Capítulo 1</b>	
Estudiar la Internacional Socialista	29
<b>Capítulo 2</b>	
El contexto internacional y la organización de la IS	39
<b>Capítulo 3</b>	
La historia de la organización	61
<b>Capítulo 4</b>	
La Internacional Socialista y las ideas	139
<b>SEGUNDA PARTE</b>	
<b>La Internacional Socialista en América Latina</b>	187
<b>Capítulo 5</b>	
La internacional Socialista y la Guerra Fría	189
<b>Capítulo 6</b>	
Estrategia 1: implicación directa	211
<b>Capítulo 7</b>	
Estrategia 2: abrir el organigrama para cerrar los conflictos	297

<b>Capítulo 8</b>	
Estrategia 3: La cooperación elástica	383
<b>Conclusiones</b>	
la dimensión internacional de los procesos de democratización en América Latina	439
<b>Bibliografía</b>	465